

ALQUIMIA Y ALQUIMISTAS: LA OBRA DE PARACELSO

*Felipe Cid I Rafael
Facultad de Medicina
Universidad de Barcelona*

En general, aunque sin entrar en mayores disquisiciones, la Alquimia está considerada como el antecedente de la Química moderna, que para entendernos nació junto a la obra de A. L. Lavoisier (1743-1794), cuando demostró que toda combustión del aire es el resultado de una combinación con el oxígeno del mismo. Es decir, justo el momento en que la teoría del *flogisto*, antaño absoluta, desapareció del mapa científico. Sin duda, éste es un evento experimental determinante, puesto que con anterioridad la Alquimia era o equivalía a la Química; particularmente, en la época medieval que tomaremos como punto de partida.

El alquimista medieval acaso constituya una de las figuras más representadas en las iconografías empleadas para ilustrar la Historia de la Química en general. Aquel mundo de retortas, fogones, diversos utensilios, siempre sumido en la atmósfera tenue de un antro oscuro en el que por una estrecha ventana entra un rayo de luz, ha constituido una imagen preferentemente escogida por artistas en función de ilustradores¹. Raro es visitar un Museo de Historia de la Ciencia, que yo sepa, en el cual

1. La pintura al óleo de David Teniers II (1610-1694), por ejemplo, que se conserva en nuestro Museo del Prado.



no se exhiba a escala natural el taller de un alquimista. Ahora bien, centrándonos en los hechos históricos podemos ya avanzar que el alquimista medieval, alejado de los bienes del mundo, por encima de todo perseguía incansablemente uno de sus sueños: la piedra filosofal, la verdadera llave de la Gran Obra; veamos otros aspectos que más o menos completan este primer trazo o esbozo sobre la cuestión.

Sin un orden de prelación estricto, por otro lado muy difícil de establecer con certeza, sin duda, y sin devaneos poéticos, afirmaríamos que en la Edad Media la Alquimia fue un ejercicio esencialmente secreto. Por la sencilla y simple razón de que estaba considerada como una práctica diabólica. Los alquimistas podían ser juzgados. S. Alberto el Grande (1206 - 1280) ², buscando una cita ³, advirtió que el alquimista debía guardar silencio, procurando no revelar nunca a nadie el resultado de sus ensayos o pesquisas. Naturalmente, no siempre sucedió de este modo. Massain ⁴, autor que ha estudiado brillantemente el tema, refiere casos espeluznantes: a finales del XVI el duque de Brunswick hizo quemar a una alquimista llamada M. Ziegler, un tal Bragadino acabó ahorcado en la corte de Munich, el médico inglés Price se envenenó antes de ser ejecutado, etc. Ahora bien, siendo mucho más dilatada la lista de quienes sobrevivieron, y siendo el propósito inicial conceptualizar unos hechos, más que puntualizarlos, pasemos al siguiente aspecto; en línea con los principios ideológicos que de la labor alquímica se derivaron.

Nos referimos al hermetismo. Porque, si la Alquimia en lo tocante al hombre debía ser secreta, de un modo implícito era hermética a causa de Dios. El Sumo Hacedor había depositado una parte de su verdad en los alquimistas, y, por consiguiente, aceptada dicha procedencia no podían divulgar los hallazgos. El alquimista pasaba a ser un depositario de verdades divinas. De ahí, pues, que el lenguaje alquímico fuese críptico, colmado de signos, símbolos, alegorías y enigmas de toda clase. Resultaría asaz prolijo entrar en este apartado. Basta repasar grabados del siglo XV, por supuesto referidos a la Alquimia, para darnos cuenta de que es una terea ímproba, y, en cierto modo, inútil. No obstante, a título ilustrativo, entre los símbolos y signos más comunes acaso están la imagen de Diana devorada por un tigre, que simboliza la plata, junto a un león o a un águila representando la acción de un ácido

2. No existe unanimidad sobre la fecha de su nacimiento. Algunos autores la sitúan en 1193 y otros en 1207. Nosotros, sin pretensiones eruditas, atendiendo la longevidad de la vida de santo y la fecha de sus publicaciones, que parecen interrumpirse al cumplir los setenta años de edad, finalmente hemos adoptado el año 1208.

3. Consúltese: Wilms: *Albert der Grosse*. München, 1930. También la edición de Grabmann: *Summa de creaturis*. Leipzig, 1919.

4. Massain, R.: *Chimie et chimistes*, 5e. éd. Paris, 1966.



sobre el mentado metal precioso. Renuncio a hablar de los criptogramas, profundamente estudiados por Poisson⁵ a fines del pasado siglo, por tratarse de auténticos galimatías. La palabra *seganissegue*, por ejemplo, según Poisson significa «genio de los sabios». Y en lo referente a las alegorías, sirva acotar que el gris era «hacer un viaje», el negro «encontrarse entre dos montañas», etc.: resueltamente, el hermetismo resulta la parte más oscura de los tratados alquímicos.

La Alquimia, acercando otro aspecto, en una cierta medida devino una verdadera iniciación moral. En contra de lo que ha divulgado, y opino que con demasía, el alquimista no siempre buscaba el provecho material. No. Inmerso en sus prácticas ocultas asimismo pugnaba por lograr riquezas espirituales. El alquimista meditaba sobre los bienes del alma, trataba de disociar lo que pertenecía a la inteligencia o al corazón, y, a la postre, deseaba hallar una interpretación moral. La piedra filosofal no aseguraba la fortuna de quien la poseía, sino que le ayudaba a ser un hombre de bien, dotado de todas las virtudes morales. Según Paracelso, avanzando un trazo sobre nuestro personaje, el trabajo alquímico proporcionaba la satisfacción metafísico-religiosa de participar en la vida íntima de la creación. En este punto, no siempre corroborado, coincidimos plenamente con Delgado⁶. Es más, sospechamos que esta falta de visión moral del mundo alquímico, en el sentido estricto de la acepción, proviene, o se produce, al mezclar los poderes mágicos de la Alquimia con el comportamiento del oficiante frente a los efectos de la misma; aunque, esperamos esclarecerlo, ambas cosas son completamente distintas.

Es aceptado, aunque cabalmente no pueda apoyarlo con un repertorio bibliográfico extenso⁷, que en todos los libros sobre magia la Alquimia ocupa un lugar preferente. Los espíritus rondan alrededor del laboratorio del alquimista. Porque, tenemos por caso, las mismas transmutaciones arrastraban un halo en el que lo sobrenatural, insólito por naturaleza, se sobreponía a los simples y a la sazón empíricos fenómenos químicos. Pero, examinado con largueza, pocas veces se ha pensado, quizá mejor previsto, que los alquimistas eran capaces de reproducir las operaciones. Es decir, ¿la magia estaba en los elementos que manejaban, en el mismo alquimista o en los pasos que debían realizarse para reproducir un experimento, demostrar un hallazgo u obtener una dádiva preciosa? Tan larga pregunta, o interrogante, es difícil de responder. Por lo menos de una forma taxativa. Sin embargo, estimamos que primordialmente las atribuciones mágicas en buena parte eran debidas al desconocimiento científico de los cuerpos o elementos que el alquimista empleaba. Ciertamente, igno-

5. Poisson, A.: *Théories et symboles des alchimistes*. París. 1891.

6. Delgado, II.: *Paracelso*. 3a. ed. Barcelona, 1967.

7. Magnus, O.: *Historia de Gentibus Septentrionalibus*. Romae. 1583.



rando la existencia del hidrógeno y la composición del aire difícilmente podía descubrir las causas que producían una explosión. O, viene a ser lo mismo, las impurezas que acompañaban las sustancias tratadas, los insospechados resultados de múltiples combinaciones constitúan un venero de reacciones imprevisibles. Y todo ello aún sin contar con la creencia de los espíritus metálicos, extraídos de las entrañas de la tierra, Magnus da buena cuenta de ello ⁸, que adoptaban formas de corceles con destellos capaces de matar a los pobres mineros. Recapitulando, puesto que las normas expositivas imponen su espacio, aventuraríamos que históricamente el gradiente mágico de la Alquimia provenía de su empirismo; la ignorancia, sin motivos o razones que la inciten a averiguar la existencia o exactitud de la realidad, invita a creer en lo extraordinario o admirable.

Es inevitable, pasando a un nuevo aspecto, comentar las relaciones entre la Alquimia y la Astrología. Mas, por razones obvias, debemos ser muy cautos. Puesto que la mezcla de dos materias especulativas, esta vez más a expensas de la segunda, la Astrología, es demasiado detonante para una comunicación incluida en un simposio sobre Historia de la Ciencia. Máxime si añadimos que en tal supuesto deberíamos remontarnos al período pretécnico de la cultura griega ⁹. En efecto, en el pensamiento caldeo los astros materializaban unos espíritus de los que dependían el éxito de las operaciones alquímicas ¹⁰. De ahí que la Alquimia se relacionase directamente con la Astrología. Aunque, a la larga, la relación entre planetas y metales no fuese absoluta ni inmutable. No obstante, atendiendo las doctrinas químicas del seiscientos, es incuestionable que respetaban unos principios astrales. De Rochas ¹¹, en un precioso texto que pese a su antigüedad mantiene una rara vigencia, demuestra que las intervenciones astrales se interponían en la tarea del alquimista. Hasta el extremo de consultar al cielo antes de emprender una nueva experiencia, de suerte que en el caso de considerarlo desfavorable el alquimista debía aguardar un tiempo más propicio. En fin, dando paso a un nuevo apartado, la búsqueda de la piedra filosofal no podía emprenderse, con probabilidades de éxito, sin que el Sol se hallase bajo el signo de Aries, y, por su parte, la Luna bajo el de Tauro.

Escuetamente, en el pensamiento alquimista, la piedra filosofal permitía fabricar el oro a partir de los metales comunes. Ahí estaba la Gran Obra comentada hasta la saciedad durante la Alta Edad Media y el Renacimiento. De nuevo las explicaciones

8. Op. cit., p. 57.

9. Laniata, G.: *Medicina mágica e religione popolare in Grecia fino all'età di Ippocrate*. Roma, 1967.

10. Consúltese: Koecher, F.: *Die Babylonisch-Assyrische Medizin in Texten und Untersuchungen*, tomos I ss, Berlin, 1963 ss.; Rutien, M.: *La Science des chaldéens*. París, 1960.

11. Rochas, A. de: *Les doctrines chimiques au XVIIe. siècle*. París, 1888.



al respecto conducirían hasta un sinnúmero de citas u opiniones. Sin ir demasiado lejos en el texto de Ostwald¹², rico sobre el particular, hasta incluso aparecen las opiniones, huelga decir críticas, que M. Berthelot (1827-1907), uno de los fundadores de la Termodinámica, vertió acerca de la cuestión. Fieles a nuestros principios, no en vano desde hace años centrados en los instrumentos y técnicas científicas, pues, será mejor reparar en el arte de conseguir la piedra filosofal. Arte, entiéndase, como un saber técnico (ars) fundado sobre los conocimientos alquímicos. En efecto, y con independencia de los resultados, la preparación de la piedra filosofal exigía un matraz propio¹³ lleno de sustancias convenientes, que era preceptivo calentar respetando ciertas reglas. Primordialmente, el fuego que actuaba sobre el matraz tenía que ser prolongado y regular. No son exactas las pinturas o dibujos, por tanto, que reproducen brasas de carbón vegetal. Para estos menesteres los alquimistas usaban una lámpara especial a base de una mecha de amianto alimentada con aceite, que aseguraba un fuego uniforme; aunque, bien es verdad, la mayoría de los alquimistas procuraron ocultar la técnica elegida.

Obviamente, la fabricación de la piedra filosofal acogió muchas propuestas. Massain¹⁴, las recoge de una forma muy clara y sucinta. Resumiendo que una de las opciones estribaba en solidificar el mercurio con el magnesio, azufre, espuma de plata, etc. Ahora bien, allende de todas las técnicas propuestas, lo importante es remarcar que bien pronto quedó demostrada la imposibilidad de obtener una transmutación de los metales. Al igual que el elixir de la larga vida, el elixir filosófico, que según su propio nombre indica debía proporcionar una larga juventud, una no menos prolongada vida y una salud imperturbable; sólo interrumpida por una muerte que los alquimistas contemplaron como algo imprevisto, contra lo cual era imposible luchar.

En la historiografía química, en la parte perteneciente a la Alquimia como punto de partida no es oportuno olvidar, tal como comúnmente sucede, que pese a todo agrupaba los únicos conocimientos químicos del momento, Walder¹⁵, en su enjundioso compendio sobre la Historia de la Química, superado el período islámico lo enmarca invocando una serie de hechos generales cuyas relaciones con el tema que nos ocupa son innegables. Ciertamente, un gran número de descubrimientos pertenecientes al siglo XII coincidieron con la explotación de nuevos minerales en Alemania: estaño en Erzgebirde, plata en Saxe (Freiberg), cobre y plomo en Harz (Mansfeld)

12. Ostwald, W.: *Devenir d'une science*, trad. franç. M. Dufour. París. 1909.

13. En términos alquímicos conocido como *huevo filosófico*.

14. Op. cit., p. 45-46.

15. Walder, P.: *Histoire de la Chimie*, trad. franç. E. Darmors. París, 1946.



y Silesia, etc. Ello coincide, repetimos el verbo, con la aplicación de los derivados de dichos minerales en los frescos mosaicos, pinturas sobre el vidrio, pintura al óleo, teñido de los tapices de colores, etc. Labarre ¹⁶, además recuerda que en el XIV apareció el papel obtenido con restos de madera y andrajos, suplantando la plaza del pergamino teñido con púrpura. En 1320, el Rhin reflejó los primeros molinos de papel, y, en 1455, con el descubrimiento de la imprenta a cargo Gutenberg comenzó la fabricación del papel. Tímidamente, en la batalla de Crecy, que tuvo lugar en 1346, aparecieron las primeras armas manuales de fuego, y, poco después, surgían unos esbozos de piezas de artillería ya dañinas ¹⁷. Walder ¹⁸, subraya que en el siglo XI probablemente en el sur de Italia se obtuvo el alcohol (agua vitae) destilando el vino. También que durante el XIII en un texto latino bajo el pseudónimo de Geber ¹⁹ fue descrita la preparación de un agua disolutiva, o fuerte, que ni más ni menos era el ácido nítrico. En suma, en el mundo de la Alquimia, además de las primeras técnicas industriales, los tres descubrimientos enunciados merecen una atención preferente; por sus implicaciones, relación y sugerencias que acto seguido abordaremos.

El efecto de los disparos de pólvora con armas de fuego puso sobre la palestra el fenómeno de la inflamación brusca bajo el efecto de fuerzas mecánicas. Gracias al descubrimiento del alcohol y de los ácidos minerales, los métodos químicos, mejor aún alquímicos, se enriquecieron a partir de entonces. La destilación fraccionada permitió separar el alcohol más volátil del agua menos volátil, la destilación seca facilitó la separación de un aceite de un residuo sólido. Por su parte, la identificación de los ácidos y del alcohol introdujo nuevas concepciones. Al lado del agua ordinaria que disolvía la sal marina sin descomposición, apareció el alcohol que no disolvía la sal, y, en cambio, descomponía y disolvía la plata permitiendo la separación con el oro. Walder ²⁰, profundizando en los hallazgos, afirma que ya no se trataba de un elemento filosófico aristoteliano, un agua abstracta, sino de tres aguas concretas o de tres líquidos que poseían tres propiedades químicas distintas. En consecuencia, ¿frente a estos hallazgos concretos, sin duda trascendentales, en qué lugar histórico queda la Alquimia? ¿Es correcto olvidar, omitir, borrar de las páginas de la historio-

16. Labarre, A.: *Histoire du Livre*. París, 1970. Asimismo pueden consultarse: Febvre, J.; Martín, H.J.: *L'apparition du livre*. París, 1958; Floecon, A.: *L'Univers du Livre*. París, 1961.

17. Montross, L.: *Historia de las guerras*, trad. cast. V. de Artadi. Barcelona, 1963.

18. Op. cit., p. 19.

19. Geber fue el alquimista árabe por excelencia. Probablemente, vivió entre los años 780 y 840. Es evidente, por tanto, que el nombre del traductor es difícil de identificar con certeza.

20. Op. Cit., p. 20.



grafía científica, los cinco mil textos alquímicos contados por los especialistas ²¹, pese a estar escritos con un lenguaje alegórico, parabólico, místico, y, por añadidura, repletos de fórmulas sobre elixires para el rejuvenecimiento del cuerpo y del espíritu? La pregunta tampoco es fácil de precisar; especialmente, si a mayor abundamiento, se establece una selección rigurosa y fundamentada.

Implícitamente, al reclamar una selección hacíase referencia a la costumbre de calificar como alquimistas a muchos personajes, cayendo en una especie de tic histórico, por el mero y simple hecho de que hasta el filo del seiscientos raro fue quien no trabase contacto con dicha práctica. Ahora bien, todo y siendo cierto, en parte cierto de acuerdo con Thorndike ²², personalmente distinguiremos a quienes podrían calificarse como alquimistas puros. Ciertamente, incluir a R. Llull (1235-1315) en la lista de grandes alquimistas supone posponer las casi doscientas obras de referentes a la comprensión de Medicina ²³, o, más aún, su arte combinatorio para la deducción y demostración lógica de todo saber, que tanta influencia ejerció en N. de Cusa (1401-1464), G. Bruno (1548-1600) y G. G. Leibniz (1646-1716). Igualmente, ocurre lo mismo al acercarse la figura de R. Bacon (1219-1292) soslayando sus aportaciones en los campos de la Física, Astronomía, Lingüística, Medicina, bajo el signo de unos preceptos epistemológicamente experimentales ²⁴. Significa desconocer la acerada crítica baconiana contra al Alquimia especulativa ²⁵, quizá intuyendo veladamente la proximidad de nuevos hallazgos. Es más, la participación de S. Alberto el Grande, junto con la de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), los dos grandes escolásticos, entendemos que en este supuesto fue una participación controladora. En efecto, conforme a los dogmas de la Iglesia, sus pretensiones de hegemonía, cualquier búsqueda alrededor de las Ciencias Naturales, y en particular de la Química, por definición debía efectuarse dentro del cuadro de la filosofía aristotélica. La Alquimia, por tanto, era tolerada, revisada aristotélicamente, con el propósito de que el lenguaje empleado fuese profundamente religioso; incluso místico dados los misterios que presuntamente desvelaba.

21. Consúltese: Thorndike, L.: *History of Magic and Experimental Science*. New York, 1923-1958. 8 vol.; Mulhauf, R.P.: *Origins of Chemistry*. London, 1960; Partington, J.R.: *History of Chemistry*. London, 1966.

22. Op. Cit. III., 76.

23. Llull, R.: *L'Art Compendiosa de la Medicina*, trad. del llatí i anal. cient. per J.M. Sevilla. Barcelona, 1987. El lector encontrará una respuesta consultando el *Inventari d'obres llullianes*.

24. Consúltese: Crombie, A.C.: *Historia de la Ciencia*, trad. J. Bernia. Madrid, 1974. 2 vol.

25. Op. cit. I. p. 59.



Entre los alquimistas puros pertenecientes al siglo XV, que anteriormente emplazábamos, sin duda destacan los nombres de N. Falmel (1330-1418) y de B. Valentín, un benedictino que vivió en Alemania durante el período señalado. Massain ²⁶, respecto al primero pondera sus estudios sobre la generación de los metales, y, en lo tocante al segundo, la preparación del cobre a partir de la piritita mediando la transformación en sulfato de cobre. Pero, pese a poder ampliar la lista, la Alquimia históricamente es pobre, por no decir misérrima, en resultados científicos y en hechos químicos nuevos. Más bien debe ser valorada como una corriente filosófica, seriamente enraizada con el alma humana, provista de un pasado rico en acontecimientos. En consecuencia, arribados a estas alturas, acaso sea ya momento de preguntarse: ¿qué importancia tiene en la historiografía química?; las posibles respuestas reclaman un párrafo aparte.

Varios autores, entre los que destacan los ya citados Walder, Partington y Multauf ²⁷, coinciden en aceptar que la influencia de la Alquimia en el desarrollo de la Química es susceptible de ser dividida en cinco puntos o apartados. De entrada, las cuatro propiedades físicas de Aristóteles fueron frotadas, acaso sea ese el verbo, gracias a los portadores químicos de dichas propiedades, como, por ejemplo, el azufre, el mercurio y el arsénico, que poseían el poder de cambiar visiblemente los metales ordinarios. Huelga comentar la importancia de dicho acontecimiento, equiparable, tomemos por caso, al momento en el que N. Copérnico (1473-1543) separando las referencias científicas de las percepciones visuales dio más crédito a las suposiciones de Aristarco que a todo el sistema aristotélico. En segundo lugar, aunque menos concreto no por ello menos importante, el problema de la transformación y ennoblecimiento de los metales reportó una atención constante sobre la identificación y propiedades de los mismos. En lo concerniente a la magia, la mística y las versiones simbólicas, hasta ahora solapadamente denostadas, como contrapartida acotaremos que empezaron a incitar la necesidad de mostrar un lenguaje simple y comprensible, capaz de explicar los resultados de una observación o de un experimento. Asimismo la Alquimia demostró casualmente, perfilando algunos extremos ya comentados, que valiéndose de procedimientos químicos conocidos la transmutación de los metales los unos dentro de los otros a todas luces resultaba imposible. Finalmente, dando paso a la segunda parte del tema, la Alquimia sirvió como introducción a la obra de Paracelso; una labor que Walder ²⁸ denomina *quimiátrica* entendiéndolo que es un eslabón entre la Alquimia y la Química.

26. Op. cit., p. 57-59.

27. Podrían añadirse, tomando en cuenta los juicios que se emiten, dos obras más: Walker, D.P.: *Spiritual and Demonic Magic from Ficino to Campanella*. London, 1958; y Jung, C.G.; Pauli, W.: *The Interpretation of Nature and the Psyche*. New York, 1955.

28. Op. cit., p. 25



La vida y la obra de Teofrasto von Hohenheim (1493-1541), puesto que este era su verdadero nombre, es una auténtica tentación para cualquier historiador de la Ciencia²⁹. Especialmente, en el perfil de la Historia de la Medicina³⁰. Desde el fondo del tiempo su figura aparece como la de un personaje fascinante, lleno de contradicciones, de impulsos excelsos, de episodios caóticos, empero, que en Medicina conducen a un nuevo y ontológico concepto de la enfermedad, en Química a la empírica fundación de la misma, y, en sus relaciones recíprocas, llegan hasta el quicio de una revolución farmacológica³¹; apoyada en el empleo de productos procedentes del reino mineral.

Paracelso, fue un obstinado individualista y un no conformista que vivió intensamente la época de la Reforma que le cupo en suerte. Deshecha la jerarquización medieval entre seres celestes y seres terrestres el hombre ganaba la posibilidad inmediata de un acceso a Dios. Paracelso se inscribió fuertemente en esta línea de pensamiento, que le permitía revolucionar la Medicina y la Ciencia Natural. Pero, es evidente, que no podía partir de un vacío. En principio, se apoyó en los efectos de una irrepetible personalidad, la suya me atrevería a decir, históricamente colosal. Pagel³², afirma que las ideas paracelsianas cobran vigor a través de un empirismo profundo y de un escepticismo hacia los sistemas escolásticos, es bien cierto; que habían petrificado la Medicina y los conocimientos naturales. De ahí, pues, que la Medicina fuese su eje central, aunque no único y definitivo. Paracelso, se opuso al papel predominante atribuido a los humores y a su flujo de un órgano a otro, según el esquema gelénico. En lugar de ello, señaló el origen local y el carácter de la alteración. Localizada la enfermedad, por tanto, en la obra paracelsiana quedó clasificada y condicionada por los agentes causantes, lugares y alteraciones que la constituyen. Lógicamente, el nuevo concepto repercutió en los principios terapéuticos vigentes; veámoslo como prolegómeno a la Quimiatria paracelsiana, toda vez, repetimos, que la Medicina no fue su único eje central.

En la Materia Médica antigua se confiaba en los procedimientos dirigidos contra el cuerpo considerado como un conjunto. De ahí que el sudor, la purga, el vómito

29. Entre las biografías dedicadas a Paracelso continúan manteniendo una notable vigencia: Sudhoff, K.: *Paracelsus*. Leipzig, 1936. En el terreno de las doctrinas y fuentes primordialmente hemos empleado: Pagel, W.: *Paracelsus, Introduction to Philosophical Medicine in the Era of the Renaissance*. New York, 1958.

30. Respecto a las fuentes médicas: Proksch, J. K.: *Paracelsus über die venerischen Krankheiten un die Hydrargyrose*. Wien, 1898; Proksch, J. K.: *Paracelsus als medizinischen Schriftsteller*. Wien, 1911.

31. Consúltese: Ganzenmüller, W.: *Paracelsus un die Alchemie des Mittelalters*. «Beitr. Z. Gesch. der Techn. und Aich.» 7 (1956), 300-14; Multhaus, R.: *Medical Chemistry and the Paracelsians*. «Bull. Hist. Med.» 28 (1954), 101-26.

32. Op. cit., p. 132.



y la sangría, sobre todo esta última, sirviesen para evacuar lo que había en exceso y restituir lo que faltaba. Sin embargo, Paracelso buscó la erradicación de la causa específica. Enfermedad y remedio tenían que adaptarse. Confiando en los poderes de la propia naturaleza se mostró cauto, lo que hoy en día llamamos conservador. Aunque, la búsqueda del remedio específico, constituyó la base del pensamiento paracelsiano. En suma, frente a la composición de ingredientes propugnó la separación, esto es, el *arcano* o la semilla eficaz; un principio en el que además de aceptar la doctrina de las firmas, o sea la forma y el color de las hierbas afines a la forma y color de los órganos, no excluyó las virtudes quimiátricas.

Paracelso se instruyó en la Metalurgia y la práctica de la Alquimia. Asido al concepto de la nueva Filosofía experimental³³ reunió sus diversos campos de actividad, enlazando la Química con la Medicina, y, al unísono, reponiendo las ideas químicas a los hechos y acontecimientos del mundo exterior³⁴. Es decir, respondiendo a una pregunta acuciante, fácil de prevenir, prácticamente las ideas químicas constituyen el mundo mayor (Macrocosmos) y el hombre el mundo menor (Microcosmos), ambos sujetos a la ley universal de la *simpatía* y *antipatía* de la Naturaleza. Mas, retomando el periplo alquímico de Paracelso, Delgado³⁵ recuerda que a partir de 1526 desarrolló su estudio sobre los tres principios, las tres primeras esencias de las cuales está compuesto el universo. Paracelso, de este modo planteó a sabiendas el problema fundamental de la composición química, la *tria prima* según la terminología alquimista del momento, que comprendía el «mercurio» como principio volátil, el «azufre» como principio combustible y la «sal» como principio de resistencia al fuego. Estos tres principios paracelsianos en proporciones variables, más o menos puros y no transformables los unos dentro de los otros, eran capaces de reproducir todas las sustancias de los tres reinos de la Naturaleza, además de determinar el comportamiento químico. Paracelso fue el primero en designar «Química», en lugar de Alquimia, para relacionarla con la curación de determinadas enfermedades. Walder³⁶, apunta que fue en el año 1530, por cierto usando el viejo alemán, cuando en forma clara y evidente formuló todas las prioridades y las diferencias existentes entre ambas prácticas. Sólo aparentemente fundidas en esbozos de laboratorios lóbregos. Paracelso, proclamó que la Quimiatria no era como la Alquimia que pretendía

33. Vogt. A.: *Theophrastus Paracelsus als Arzt, un Philosoph*. Stuttgart. 1956.

34. Indistintamente, emplearemos Química y Alquimia considerando, de acuerdo con nuestras conclusiones, que la Quimiatria paracelsiana fluetúa constantemente entre ambos campos: hasta constituirse en un antecedente de los saberes químicos.

35. Op. cit., p. 22.

36. Op. cit., p. 30.



la transmutación de los metales en plata y oro. Todo lo contrario. Según nuestro hombre la Quimiatria facilitaba medicamentos puros y concretos, con los que el médico completaba sus conocimientos; sin proponérselo avanzó, al escribir que la Química era el fundamento de la Medicina, el ulterior paso de la Fisiología a la Fisiología aplicada, que hoy en día constituye la Farmacología Experimental.

Schneider ³⁷, entre otros autores, mantiene que Paracelso poseía un conocimiento profundo de las sustancias químicas y de los métodos de trabajo de su tiempo. Ciertamente, Paracelso preconizó que las sustancias empleadas como medicamentos tenían que ser puras. Porque, conforme con las muestras extraídas, distinguió la existencia de mezclas. Esta concepción, pues, le llevó a un precepto, *separar purum ab impurum*, el cual, por contigüidad, conducía a una serie de manipulaciones destinadas a mejorar los productos y su acción curativa. Es decir, este ejercicio práctico, a la postre experimental, supuso un revulsivo en las aún conclusiones filosóficas vigentes. Exactamente, que la Naturaleza, digamos con un valor semántico de *physis*, no siempre ofrece algo perfecto e inmediatamente utilizable. El hombre, en consecuencia, debe rehacer la obra de la Naturaleza; en este caso la Quimiatria, y en su defecto la Alquimia, perfeccionaba la actualidad creadora de las ofertas y de los procesos naturales.

Paracelso, dando una nueva definición de la Química, o separándola de la Alquimia, propuso unos cambios substancialmente conceptuales. En esta lucha, puesto que así puede tildarse, sin duda su apasionado carácter combativo desempeñó un valor determinante. Puesto que a expensas de defender unas teorías, más intuitivas que demostrables, fueron su ardor y convencimiento los que consiguieron adeptos y continuadores. A causa, es lícito argüir, de unas razones más fáciles de imaginar que de explicar. La obra de Paracelso constituye un cúmulo de proposiciones geniales. Logró que médicos y boticarios ³⁸ abandonando viejas doctrinas, fieles a la sabiduría e imperturbabilidad de la Naturaleza y sus misterios, valorizaran las nuevas proposiciones quimiátricas, Walder ³⁹, por ejemplo, pondera que medio siglo después de la muerte de Paracelso en la Universidad de Marburg se fundó la primera Cátedra de Quimiatria, que quedó a cargo de J. Hartman a partir del 1609 para ser exactos. También incide en las coincidencias cronológicas entre la obra de Paracelso y la revolución metalúrgica germana en tiempos del Emperador Carlos V, teniendo en cuenta que, entre los años 1525 y 1527, nuestro personaje escribió diversas monografías ex-

37. Schneider, W.: *Grundlagen für Paracelsus Arzneitherapie* «Arch. Gesch. Med.», 49 (1965), 28-36.

38. Término latino, *apothecarius*, empleado a partir del siglo XII, en este caso adoptado para separarlo de los actuales farmacéuticos.

39. Op. cit., p. 31.



poniendo sucintamente los principios de la Química y sus procedimientos⁴⁰. La enumeración podría ser interminable. Recapitulando, por tanto, expuestos unos trazos elementales procede ya introducir una valoración final; próxima a las zonas de influencia que suscitó una obra como la presente, según se ha dicho, que pese a su carácter innovador entra más en el dominio de la ideología que en el de la racionalidad científica.

Pagel⁴¹, llegó a la conclusión de que Paracelso poco hizo en el transcurso de su ajetreada vida, entrando con todos los honores en una ciudad, luego huyendo por una puerta falsa, así sucedió en Estrasburgo y Basilea, o, por otra parte, discutiendo acaloradamente con todos los poderes fácticos. Efectivamente, hasta transcurridos unos treinta años la controvertida figura paracelsiana no cundió en el seno de las clases sociales cultas, al tiempo que sus manuscritos, prácticamente inéditos, empezaban a ser publicados. Sí, vencidos estos lustros sus más encarnizados detractores, que eran legión, no fueron ya capaces de anular la vorágine de ideas innovadoras, que con tesón y contundencia propagó en su dilatado periplo. No obstante, con los datos en la mano, las preparaciones y remedios paracelsianos adquirieron rango cuando, sus seguidores O. Croll (1580-1609) y T. de Mayerne (1573-1655), las incluyeron en la *London Pharmacopeia* editada en 1618. Así pues, tres cuartos de centuria después de la muerte de Paracelso fueron precisos para que se sancionara el valor de la Química en pro de la utilización médica de los minerales y los metales; a nuestro entender su aportación más concreta, tangible en lo que denominamos historiografía médica.

Pagel⁴², sintetiza diciendo que ningún paracelsista es concebible sin Paracelso. Porque, concluye, nuestro hombre fue necesario. Asimismo, afirma que la necesidad histórica de Paracelso no discurre entre el número de descubrimientos, que ya se ha visto enuncian novedades inconmensurables, sino en las nuevas orientaciones científicas que suscitó. Indudablemente, pensamos, el paso de la Alquimia a la Química mediando la Quimiatria ocurrió interiormente y exteriormente en el decurso de un par de siglos apurando al máximo. Al lado de una técnica química vieja, forjada en la mente de Paracelso, se fue constituyendo una Química con un franco cariz científico. En principio, sus adeptos fueron los médicos, y, al final del setecientos, debe reconocerse que los médicos y farmacéuticos alemanes. Es rigurosamente válido que la Química en las postrimerías del seiscientos, después de las corrientes para-

40. Weimann, K.-H.: *Paracelsus-Bibliographie 1932-1960*. Mit einem Verzeichnis neu entdeckter Paracelsus-Handschriften. Wiesbaden, 1963.

41. Op. cit., p. 117.

42. Ibid.



celsistas y de la mano de J. B. von Helmont (1577-1644), el químico místico por antonomasia del Renacimiento científico, la Química rechazó la analogía macrocosmos microcosmos del paracelsismo tradicional, rompiendo así la cadena que sujetaba al hombre el mundo mayor. De todos modos, a pesar de que los científicos perdieron interés por la interpretación química del macrocosmos, no sucedió así en la comprensión química del hombre; uno de los ejes innovadores del paradigma paracelsiano.

No olvidemos que el esquema paracelsiano rechazó a Aristóteles, Galeno, e, incluso, al propio Hipócrates. A costa de acentuar la observación y el experimento como nuevas bases para el estudio de la Naturaleza, la Quimiatria constituyó una pauta ontológica, una guía, para el estudio del hombre y el Universo. Estos son los puntos que personalizan la figura de Paracelso en el contexto del Renacimiento. Aunque, su amplia utilización de material química en experimentos de destilación y su constante referencia a analogías químicas como medio de comprensión de todos los fenómenos naturales, indica claramente una conexión con la herencia hermético-alquímica. Pero, es evidente, que esta última posible contradicción deja de serlo si tenemos en cuenta la época y el lugar en que nació la obra paracelsiana; último recurso, el de los imperativos temporales, a los que la historiografía científica nunca puede renunciar por más que se trate de una historia de innovaciones y adelantos.

Solamente desearía añadir, antes de finalizar, que el estudio del pasado científico ofrece hombres y obras, hasta períodos, en los que el material sometido a crítica es tanto por lo que representa como por lo que deja de representar. O, viene a ser lo mismo, es más por lo que suscita que por lo que contiene. En el devenir histórico de la Ciencia, en la tenue dialéctica progresiva que la constituye, los grandes descubrimientos sólo son un punto de partida que explica nuevos hallazgos. De ahí, pues, que las representaciones y contenidos aludidos, su valoración exacta, constituya la clave de la crítica histórica propiamente dicha. Pues bien, la figura de Paracelso surgiendo y desprendiéndose de la Alquimia, como los esclavos de Miguel Ángel lo hacen desde una masa de mármol expresamente inacabada, es la más genuina representación de unas anticipaciones de porvenir; en las que unas intuiciones absolutas substituyeron la falta de medios para confirmarlas.

